

LAS UTOPIÁS DEL SIGLO XXI: UNA VISIÓN DESDE EL INTERNACIONALISMO Y DESDE AMÉRICA DEL NORTE

José Luis VALDÉS UGALDE¹

Desde el fin de la Guerra Fría, la racionalidad neoliberal predomina en el mundo y encarna la idea más acabada (y quizás contradictoria) hasta nuestros días de la globalización. Entiendo la globalización como el proceso de creciente interconexión, de influencia recíproca y de interdependencia entre las diferentes regiones, países, grupos humanos e individuos. Con la crisis del socialismo real y el colapso soviético, se consolidó la difusión del capitalismo ampliamente por todo el planeta, trayendo consigo el incremento de los flujos comerciales y financieros, el desarrollo de la tecnología y las comunicaciones y una mayor interdependencia entre países. Pero no sólo se ha dado un proceso de integración, sino que al mismo tiempo, los nacionalismos y localismos han resurgido, la cooperación ha sido limitada y condicionada, la normatividad de la integración no ha sido totalmente respetada, y el poder, el interés y la seguridad nacional han ocupado un lugar preponderante en la política exterior de las naciones, en buena medida por imposición de la agenda estadounidense. Esta discrepancia entre ideas y práctica, entre expectativas y realidad, ha sido característica del siglo XXI y nos recuerda que el impulso globalizador no prevé de manera alguna la lógica de sus consecuencias previsibles. Tratemos, entonces, de desglosar algunos temas representativos de esta problemática.

¹ Director del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), UNAM. Miembro del Comité Académico del posgrado en Ciencias Políticas de la UNAM. Este ensayo se preparó con el siempre diligente y creativo apoyo de Fernanda Valencia, el cual agradezco.

1. En la década de los noventa tuvo mucha fuerza la idea de que con la expansión de la democracia se podría eliminar la anarquía del sistema internacional, ya que las democracias cooperarían y no tendrían guerras entre sí. Por ejemplo, John Ikenberry señaló que las “instituciones políticas abiertas y descentralizadas pueden limitar y dispersar conflictos, a la vez que integrar gentes e intereses diversos”.² Este mismo argumento lo presentó Robert Jervis al afirmar que “el comercio permite a los Estados obtener riquezas que de otro modo buscarían mediante guerras”.³

Además, con la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la URSS surgió la idea de que la historia había llegado a su fin. Francis Fukuyama se atrevió a asegurar que con la derrota del socialismo, el liberalismo había triunfado como sistema político y ya no existían alternativas viables al capitalismo como sistema económico. Según Fukuyama, ello se demostraba por el restablecimiento de relaciones de producción capitalista en Rusia, China y Europa del Este y por la inclusión de estos países en la economía de mercado. Políticamente este desarrollo significó la concepción del liberalismo como Estado homogéneo universal. Se trata de que, al no existir regímenes políticos superiores, y al haber fracasado los modelos que se pretendían alternativos, la democracia capitalista apareció como el régimen político absoluto e ideal. Se planteó que el liberalismo resolvería todas las inquietudes ideológicas planteadas y el país representativo de aquél, Estados Unidos, había satisfecho los máximos y extremos ideales de igualdad y libertad.

Es cierto que las transiciones nacionales han significado la reabsorción de las economías nacionales no capitalistas (la ex URSS, el Este europeo, etcétera) y la expansión universal del capitalismo. Sin embargo, aunque en algunos lugares (como la República Checa, Polonia, Alemania del Este, entre otros) el nivel de vida ha mejorado significativamente, al menos en general, en muchos otros se siguen viviendo situaciones extremas de pobreza y desempleo, incluso peores que bajo el régimen socialista (Rusia es un claro ejemplo).

Esta visión épica, vindicatoria de un modelo político y económico exportado por el impulso mesiánico estadounidense no corresponde a la rea-

² Ikenberry, John, “The Myth of Post-Cold War Chaos”, *Foreign Affairs*, mayo-junio de 1996, p. 83.

³ Jervis, Robert, *The Era of Leading Power Peace*, Art y Jervis, p. 401.

lidad. Ni la historia ha terminado, ni el capitalismo y el liberalismo han sido acogidos jubilosamente en todo el mundo. Los conflictos internacionales lejos de desaparecer, se recrudecen cada día, los movimientos nacionalistas, que Fukuyama descarta como alternativas al sistema capitalista neoliberal por considerarlos tradicionales y espontáneos, aumentan y amenazan con trastocar el orden mundial y un nuevo ímpetu neoimperial unilateralista parece dominar el escenario global.

Por otro lado, la democracia y la libertad han sido funcionales para legitimar la guerra moderna; lo que Eduardo Subirats plantea como la representación de la destrucción y guerra como una verdadera construcción civilizatoria,⁴ en el nombre de un reordenamiento tímidamente necesario se destruyen pueblos, historia, identidades, para obligarlos a insertarse en un mercado de trabajo empeñado en dinamizar, a veces en forma forzada tanto la producción como el consumo. El resultado pocas veces ha sido estabilidad, democracia y libertad. Basta tomar como ejemplo el caso de Irak.

La pregunta obligada, me parece, se centra en considerar si hoy en día en la agenda de la aldea global no estará incluida la guerra como parte del “arreglo” democrático moderno. En este sentido, la cuestión a debatir es si la guerra es parte ya de un consenso social y político que explica y expresa las muchas carencias sociales que se viven en varios frentes societales e incluso emocionales: el público admira la plasticidad épica que supone toda expresión militarista como parte de su frustración y vacío por la condición democrática en que se encuentra. En este sentido pareciera que en el marco de los estándares de vida que ofrece el mundo moderno actual, en unos casos más o menos satisfactorios, es el poder, su detención, así como su estética lo que fuertemente atrae al espectador estadounidense y por supuesto a otros de distintas nacionalidades y culturas. En este estado se encuentran la modernidad y la decadencia que la acompañan.

El análisis que se hace en varios estudios sobre las guerras regionales, sobre la guerra global moderna, el estado de guerra permanente, las guerras “sin espacio definido, ni tiempo finito”, la sociedad mediatizada, la guerra como espectáculo, o la cuestión de la globalización como presumible estado de explotación permanente (y para algunas visiones críticas, irresoluble) pone en el centro del debate otro viejo tema: la sociedad civil es puesta en aprietos por la “modernidad democrática”, que está expectan-

⁴ Subirats, Eduardo, “Las guerras del fin de la historia”, *El Mundo*, 5 de abril de 2002.

te de resultados instantáneos y normalidad pasiva. En efecto, frente a la agresión a la civilización en nombre de mesianismos civilizatorios, las poblaciones enfrentan solas (sin el Estado de su lado) guerras cada vez más locales, que de justas, con racionalidad política incluida, cada vez tienen menos. La guerra global moderna implica la subordinación al sistema político invasor, a través de endeudamientos financieros, la dependencia política y la explotación de recursos naturales. Esto nos habla de que la sociedad civil no sólo ya no es dueña de su propio patrimonio societal, económico, político o cultural (que son la extensión misma de sus derechos ciudadanos), sino que tampoco es dueña de la guerra o de la paz. Las sociedades civiles y sus inteligencias mundiales se plantearon el problema de la guerra de Irak después del 11 de septiembre al manifestarse masivamente en las calles de Londres, Madrid, Bonn, París, Nueva York y San Francisco, pero a pesar de esta demostración de fuerza colectiva, el Estado las doblegó y es probable que con esto se haya fracturado el consenso democrático en forma irreparable: el Estado hizo la guerra a pesar de la resistencia y la sociedad civil se adelgazó.

Vivimos un proceso de internacionalización de la política interna a través del efecto de la transnacionalidad del poder, pero sobre todo a través de un clima político-cultural en el que se impone la razón última del gran poder a través de un proceso que Toynbee denomina, “anarquía por tratado”.⁵ Es probablemente en este punto en donde mejor se aplica la existencia de una guerra no declarada, que a la vez es fin en sí misma y se justifica por un orden mundial violento ante el cual no se permite concesión alguna. En esta lógica, se puede sugerir que, para que esta circularidad nefanda de dominación rinda los frutos prometidos en el más alto nivel de la globalidad, la *Pax Americana* requiere de organizaciones o eventos que promuevan la “inestabilidad” con miras a un mayor involucramiento en los asuntos mundiales, en donde la necesidad de estabilidad propia —dada la amenaza a la misma— sea la que demande este concurso.

Nos dice Eduardo Subirats: “Guerras sin principio ni fin, o guerras sin espacio definido, ni tiempo finito; a través de un proceso militar de destrucción civilizatoria e instauración de un nuevo poder territorial, o la guerra justa concebida como la conquista de las almas”.⁶ Esta imagen se aplica

⁵ Véase A. Toynbee, 1967, xiii-xxix.

⁶ Subirats, Eduardo, *op. cit.*, nota 4, 2002.

al presente y explica (quizás para el consuelo de algunos) la actual crisis de la democracia, que en efecto nos remonta al “periodo más temprano de la modernidad europea, al siglo XVIII, porque entonces también el concepto y prácticas de la democracia fueron puestas en crisis por un salto en la escala y tuvieron que ser reinventadas. Al final de la modernidad los problemas irresueltos del principio. Los defensores de la democracia en las modernas Europa y Estados Unidos de los comienzos fueron cuestionados por los escépticos que les decían que la democracia podía haber sido posible en los confines de la polis ateniense pero era inimaginable en los territorios extendidos de los Estados-nación modernos. Hoy en día, los defensores de la democracia en la era de la globalización son cuestionados por los escépticos que reclaman que la democracia puede ser posible dentro de los confines del territorio nacional pero es inimaginable en una escala global”.⁷

No está por demás añadir otros elementos claves que, en todo caso, explicarían un nuevo momento de la era moderna en el que un mesianismo teológico, aunque más bien un mesianismo fundamentalista se apodera del discurso del poder en Estados Unidos y mina los escenarios imaginarios o reales de la utopía. Se trata de un nuevo momento de poder mesiánico que otorga derechos nuevos para el intervencionismo que aunque, con feo nombre, se nombra neocolonial. Para el logro de esto se requería de una asociación virtuosa entre imperio y guerra. Se dio una nueva configuración del imperio a través del uso de la guerra justa: se trata del imperio como una forma de vida y un estado de ánimo y la guerra, también como un estado de ánimo (“*Bellum Justum*”), e inicio de una configuración fronteriza y de reposicionamiento regional y mundial.

Hoy el enemigo, al igual que la guerra misma, llega a banalizarse (se le reduce a un objeto de rutina de la represión política) y a absolutizarse (como el Enemigo, una amenaza absoluta al orden ético). El nuevo paradigma funciona ya en términos por complejo positivos y no podría ser de otro modo. El nuevo paradigma es tanto un sistema como una jerarquía, una construcción centralizada de normas y una extendida producción de legitimidad difundida a lo largo y a lo ancho del espacio mundial. El desarrollo del sistema global (y del derecho imperial en primer lugar) parece ser el desarrollo de una máquina que impone procedimientos de acuerdos conti-

⁷ Hardt y Negri, *Multitude. War and Democracy in the Age of Empire*, pp. 237 y 238.

nuos que conducen a equilibrios sistemáticos, una máquina que crea un continuo requerimiento de autoridad.⁸

En este sentido, se hace necesario analizar la estrategia general del gobierno de George W. Bush, que no apunta solamente a mantener la preeminencia geopolítica global de Estados Unidos sino también imponer, con la pluma o con la espada, el modelo angloamericano del capitalismo de libre mercado en el mundo. El prólogo de Bush a *La estrategia de seguridad nacional* afirma desde el principio: “Las grandes contiendas del siglo XX entre la libertad y el totalitarismo culminaron en una victoria decisiva para las fuerzas de la libertad, y dejaron un único modelo sustentable para el éxito nacional: libertad, democracia y libre empresa”.⁹ A continuación, Bush afirma su intención de “crear un nuevo equilibrio de poder que favorece la libertad humana; condiciones en las que todas las naciones y sociedades puedan escoger para sí mismas las gratificaciones y los desafíos de la libertad política y económica”.¹⁰ Un capítulo entero del documento esboza las políticas neoliberales que “pondrán en marcha una nueva era de crecimiento global por medio de los mercados libres y el libre comercio”. El documento advierte: “La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos se basará en un internacionalismo particularmente estadounidense que refleja la unión de nuestros valores y nuestro éxito nacional”.¹¹

Es decir, que las transiciones a la democracia son poco tolerantes a la diversidad y a la particularidad de las culturas, son impuestas y por lo tanto, muchas veces poco funcionales para quienes las transitan, aunque muy lucrativas para quienes se enriquecen durante los *procesos civilizatorios* que se impulsan paralelamente. La globalización tal y como se está desarrollando trae consigo formas de control y manipulación que resultan antidemocráticas. Por ejemplo, las condiciones de las instituciones financieras internacionales que atan a los países y limitan su soberanía.

2. El unilateralismo estadounidense se ha convertido en el elemento predominante de la política mundial. Todos los mecanismos, las reglas multi-

⁸ *Idem.*

⁹ Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos: una nueva era. Agenda de la política exterior de Estados Unidos, diciembre de 2002. Véase www.usinfo.state.gov/journals

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*

laterales, estándares, salvaguardas y procedimientos establecidos por Estados Unidos para regular y promover la cooperación entre democracias, han sido desafiados continuamente justamente por Washington. Es uno de los rasgos más visibles del actual gobierno del presidente Bush. La tendencia, ya dibujada desde que Estados Unidos denunció y renunció al protocolo de Kyoto, se reforzó en forma dramática a raíz del 11 de septiembre de 2001, sobre todo con el vigoroso avance del gobierno de Bush hacia una guerra para imponer un “cambio de régimen” en Irak. Incluso la asesora de Seguridad Nacional, Condolezza Rice, afirmó que su gobierno “actuará desde el terreno firme de los intereses nacionales, no los de una comunidad internacional ilusoria”.¹² Declaración por demás elocuente sobre las claras intenciones del *stablishment* estadounidense de imponer al mundo a toda costa un proyecto no incluyente de política exterior.

3. En la década de los años noventa, Estados Unidos y la ONU, han intervenido en conflictos civiles en todo el mundo, en algunas ocasiones con mucho éxito, pero en otras no tanto, como en la controvertida intervención de los cascos azules en Somalia. La “intervención humanitaria” es muy selectiva. ¿Por qué se interviene en algunos casos y en otros no? Existe la impresión general de que actualmente la intervención es un instrumento primordialmente en manos de los estadounidenses. “Estados Unidos usa su capacidad militar, política y económica para protegerse a sí mismos y manipular los sucesos internacionales con el fin de promover sus propios intereses”.¹³

Por otro lado, algunos Estados han adoptado criterios espaciales para presionar, en el marco de las relaciones bilaterales, a quienes no respetan los derechos humanos, aunque esto implique en términos del derecho internacional, una intervención (no coercitiva) en los asuntos internos del otro Estado. Pero esto ha demostrado ser, en la mayoría de los casos, una estrategia de los Estados para conseguir sus intereses más íntimos. Por ejemplo, la presión que Estados Unidos ha ejercido en el mundo para promover los derechos laborales, responde a su necesidad de contrarrestar la competencia en términos de precios y productividad de los países que per-

¹² Rice, Condolezza, “Promoting the National Interest”, *Foreign Affaire*, vol. 79, enero-febrero de 2000.

¹³ Waltz, Kenneth, “Globalization and Governance”, *Art y Jervis*, p. 360.

miten que las compañías exploten a sus trabajadores, ya que el libre comercio sin estándares laborales es muy peligroso para Washington.

Pero esto no es nada raro. Por mucho tiempo, sobre todo en la guerra fría, Estados Unidos usó con un doble estándar el tema de los derechos humanos como pretexto para intervenir en algunos países, mientras que brindaban apoyo a dictadores con el fin de contener al comunismo. Hoy por hoy para la administración estadounidense las intervenciones humanitarias hacen muy poca diferencia y son más bien distracciones de los asuntos geopolíticos importantes. El nuevo argumento es la lucha contra el narcotráfico en América Latina y el terrorismo en el resto del mundo, aunque esto no parece ser entendido cabalmente por Washington. Sin embargo, tampoco se puede hablar de que los derechos humanos se hayan vuelto obsoletos en la agenda internacional actual, las imágenes en vivo que se difunden por la televisión y por las crecientes redes de información en la era global, hacen imposible ignorar los conflictos y crean una presión de la opinión pública sobre los gobiernos para intervenir.

4. Las máximas neoliberales se han impuesto en forma contradictoria en el seno mismo del orden mundial. Se afirma que el mercado es bueno y que la ley de la oferta y la demanda es la clave para regular la economía. Que el Estado debe reducir su intervención. Que la solución a todos los problemas es desregular en vez de controlar, liberalizar el comercio y el tráfico de capitales, privatizar las empresas públicas. Que el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización mundial de Comercio serán las reguladoras que evitarán cualquier crisis financiera o cualquier abuso, y que facilitarán el paso de las economías cerradas a economías abiertas, basadas en el “modelo americano”. Y que gracias a la globalización los mercados se han ampliado considerablemente y se han creado nuevas industrias. Todas estas ideas han probado ser contradictorias en muchos casos y en muchas circunstancias.

Lo cierto es que para muchos países los efectos han sido negativos o en el mejor de los casos, ni se han sentido. En muchos de los países con menos desarrollo, las empresas locales han quebrado, las deudas y los índices de pobreza han aumentado, los niveles de vida han descendido y la decepción social ha crecido, pues no han visto cumplidas las promesas de beneficio económico, de progreso y desarrollo que el nuevo orden globalizador ofrecía. Ni siquiera aquellos países pobres que lograron equilibrar sus presupuestos y contener la inflación, pudieron atraer suficiente inversión ex-

tranjera y mucho menos hacer que esa inversión diera rendimientos que se quedaran en el país.

Queda claro que la globalización no ha logrado reducir la pobreza, ni ha podido asegurar la estabilidad macroeconómica. Las crisis económicas hoy resultan más peligrosas para el sistema financiero global, pues el colapso de la moneda de un mercado emergente puede hacer caer a otros mercados, dada la interconexión económica. Una de las más grandes críticas a la globalización es que ésta logró que los países pobres eliminaran las barreras comerciales y los subsidios a sus industrias, mientras que los países occidentales mantuvieron altos niveles de proteccionismo, siendo el caso estadounidense particularmente importante. La competencia claramente se estableció en condiciones desiguales al grado que se sufrió un deterioro en los términos del intercambio para los países menos desarrollados. Además, las instituciones financieras internacionales han logrado controlar a su manera las finanzas internacionales recomendando políticas restrictivas, y condicionando a las economías del mundo.

5. La pobreza y la mala distribución mundial de la riqueza persisten, aunque es cierto que el desarrollo económico de la humanidad —con todos sus beneficios en el plano social, cultural y científico— ha alcanzado metas sin precedentes durante el siglo XX. La ayuda exterior ha permitido a los países menos desarrollados aumentar sus indicadores y financiar proyectos sociales, en los que las ONGs —que han proliferado— y algunas instituciones gubernamentales, como la ONU, han contribuido de manera importante.

La realidad es que el desarrollo económico sólo se ha facilitado a una parte de la población del planeta. Hoy el mundo está peligrosamente dividido: de acuerdo con cifras recogidas por los informes de las Naciones Unidas, el mundo tiene hoy: 500 millones de personas desnutridas —160 de ellas en edad infantil—; 110 millones de niños que no van a la escuela; 840 millones de adultos —dos tercios de ellos mujeres— analfabetos; 1,200 millones sin acceso al agua potable; 507 millones cuya expectativa de vida no supera los 40 años; 17 millones de muertos al año víctimas de enfermedades contagiosas y parasitarias perfectamente curables, como la diarrea, el paludismo y la tuberculosis.¹⁴

¹⁴ Informe sobre Desarrollo Humano 2003, PNUD, www.pnud.org

Así las cosas, no sólo existe el abismo económico que separa al mundo rico del mundo pobre. Cada uno de estos dos grandes espacios también tiene sus propios abismos internos y la concentración extrema de riqueza y pobreza son una realidad acuciosa. La propia lógica de la expansión mundial del capitalismo produce una desigualdad creciente entre quienes participan del sistema. La extrema concentración del capital y la conformación de oligopolios mundiales estructuran hoy la lógica de la producción y el comercio a escala internacional. Se han conformado regiones económicas a través de la llamada Triadización, que es el proceso de integración tecnológica, económica y sociocultural entre las tres regiones más desarrolladas del mundo. Sin embargo, los países menos desarrollados o que no forman parte de ninguna de estas regiones económicas han sido relegados a los márgenes del desarrollo.

6. Podríamos pensar que los progresos de la ciencia y la tecnología darán continuidad al desarrollo de la civilización humana que desde la Revolución Industrial ha sido notable. Habría que decir, sin embargo, que uno de los desafíos más importantes planteados en el momento presente es, sin duda, el energético. Nuestro modo de vida es excesivamente dependiente de las fuentes energéticas tradicionales, y muy especialmente del petróleo. No se trata sólo de que los recursos provenientes del “oro negro” dependan de vaivenes políticos y económicos, sino que además son limitados. Poco a poco, se van agotando. Eso ha hecho imperioso plantearse su sustitución por fuentes de energía alternativas, de mayor rendimiento, de costo inferior y, desde luego, menos contaminantes. A estas alturas, está claro que la energía nuclear, hacia la que inicialmente se volvieron muchos ojos, no puede tomar el relevo de los combustibles fósiles en virtud de su muy inferior versatilidad y ésta se ha demostrado peligrosa. Por otra parte, el costo de otro tipo de energía —eólica, solar o geotérmica— sigue siendo excesivamente alto en términos comparativos.

De hecho, podemos ver la importancia de los recursos naturales y su abastecimiento en las prioridades del gobierno de George Bush. En el Plan Energético de 2001, se establecieron tres objetivos clave:

- Estados Unidos debe importar una parte creciente de su demanda de petróleo (en la actualidad, Estados Unidos importa unos 10 millones de barriles diarios, que representan el 53% de su consumo total; el

- 2020, la importación diaria sumará casi 17 millones de barriles, el 65% del consumo).¹⁵
- Estados Unidos debe diversificar sus fuentes de oferta (Mar Caspio, Rusia, África y América Latina) no debe depender exclusivamente de las fuentes tradicionales de oferta como Arabia Saudita, Venezuela y Canadá.
 - Estados Unidos no puede confiar exclusivamente en las fuerzas del mercado para tener acceso a esta provisión adicional, sino que se necesitará un esfuerzo significativo de parte de las autoridades del gobierno para superar la resistencia a la extensión y convencer a sus homólogos en África, el Golfo Pérsico y Latinoamérica a que abran sus industrias petroleras a la participación de las grandes empresas estadounidenses.

7. Cada vez más, se considera al mundo como una “aldea global” (McLuhan), una “sociedad de la información” en la que finalmente se formó la comunidad mundial, basada en las posibilidades de comunicación e información abiertas por la electrónica.¹⁶ Se dice que el uso de nuevas tecnologías ha permitido rebasar los límites del espacio-tiempo; y que en la aldea global, además de mercancías, se fabrican, venden y consumen los datos y la información.

Las redes han trastocado la llamada división internacional del trabajo, haciendo emerger nuevos sectores productivos. Pero, sobre todo, las nuevas tecnologías han cambiado radicalmente la forma de trabajar y el concepto mismo de cualificación profesional, produciendo un enorme desajuste entre la oferta y la demanda. Se han desarrollado nuevos sistemas de explotación del trabajo que promueven transformaciones estructurales de la clase trabajadora, con la conversión en asalariados de amplios sectores sociales, y al mismo tiempo con una mayor fragmentación y heterogeneidad del conjunto de los asalariados, y un desempleo también creciente.

La riqueza o la pobreza de las naciones y de los individuos depende de su habilidad para manejar y generar el conocimiento y la información. Además, la proximidad mediática y simultaneidad siguen sin producir vinculación cultural, y mucho menos igualdad económica.

¹⁵ Klare, Michael T., “Petropolitics”, *Foreign Affairs*, 2002, p. 99.

¹⁶ Ianni, Octavio, *Teorías de la globalización*, México, UNAM, p. 5.

8. Vivimos un desvanecimiento de las fronteras, la creación de espacios más vastos y la reducción de las diferencias étnicas o nacionales. Existe la afirmación de que la globalización propiciaría la convivencia armónica, la prosperidad compartida y la solidaridad humana y una mayor y más diversa dinámica multi e intercultural.

Tenemos, no obstante, el surgimiento de movimientos de identidad nacional, tribal o individual frente a la universalización del conocimiento y el poder. Surgen guerras regionales, violencia, terrorismo y facciones subnacionales en rebelión permanente en contra de la uniformidad y la integración. Estas facciones basan su identidad en aspectos culturales, nacionalistas, religiosos. Cada grupo tiene sus demandas particulares y sus estrategias para hacerse oír, las demandas son similares: libertad para decidir su propio destino, independencia, rescate del sentido de comunidad, justicia social, igualdad, participación política. Hoy la globalización no fomenta la diversidad, más bien es excluyente y se identifica en una visión monolítica de la realidad.

El mejor ejemplo de esto lo podemos encontrar en las propuestas del ilustre profesor de Harvard, Samuel Huntington, quien explicó este fenómeno como un “choque civilizacional”, en donde los conflictos ya no son teóricos-sociales y políticos, como en los tiempos de la guerra fría, sino que son enfrentamientos religiosos y culturales entre civilizaciones. Sin embargo, su propia teoría (que presenta un análisis etnocéntrico y poco tolerante de las diferencias) ha exaltado (e ignorado) las diferencias y motivado las tensiones. Considero que Huntington no ha hecho sino disfrazar el discurso estadounidense de la Guerra Fría, cambiando algunos matices pero conservando sus principios básicos: sustituye al comunismo por el Islam como el enemigo, a la ideología por la cultura como fuente de conflicto y a la Cortina de Hierro por la Cortina de Terciopelo; además, divide al mundo maniqueamente: (“nosotros” vs “los otros”, buenos contra malos) y promueve la contención de la difusión islámica y de otras culturas no occidentales.

Por otro lado, Huntington hace un llamado a los gobiernos de Occidente a luchar para asegurar el predominio occidental. De hecho, el texto de este autor ha verificado el discurso estadounidense después del 11 de septiembre de 2001 y su comportamiento autoritario, unilateral, su aumento en el presupuesto militar, sus restricciones a la actuación de otros actores internacionales (ONU), e incluso nacionales (el acta patriótica, que suprime explícitamente las libertades de los ciudadanos estadounidenses) y sus

invasiones a Afganistán e Irak. Desde mi punto de vista, la difusión de las ideas huntingtonianas (incluida su más reciente hipótesis sobre la amenaza mexicana a la integración social estadounidense) puede socavar la posibilidad de convivencia intercultural y la posibilidad de soluciones a los conflictos con el diálogo y por medios pacíficos.

Las utopías del siglo XXI se han visto cercenadas en el momento mismo en que la sociedad civil ha visto cerrados los espacios democráticos y de participación en contra de los desequilibrios generados por una inercia globalizadora cada vez más incontrolada. En este sentido se puede decir que las narrativas unipolar y monolítica que está impactando en forma determinante las relaciones entre actores internacionales, estatales o no estatales, vuelven cada vez más inviable la articulación de esfuerzos multilaterales que tiendan a resolver los problemas más acuciosos de la humanidad, como los ya mencionados líneas arriba.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, Pierre, *Selección de artículos*.
- FUKUYAMA, Francis, *The End of History and the Last Man*, Avon Book, 1992.
- HARDT y NEGRI, *Multitude. War and Democracy in the Age of Empire*.
- IANNI, Octavio, *Teorías de la globalización*, México, UNAM.
- IKENBERRY, John, "The Myth of Post-Cold War Chaos", *Foreign Affairs*, mayo-junio de 1996.
- JERVIS, Robert, *The Era of Leading Power Peace*, Art y Jervis.
- KLARE, Michael, "Petropolitics", *Foreign Affairs*, 2002.
- MARTIN, Hans-Peter, *La trampa de la globalización*, Taurus.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, *La globalización imaginada*, Paidós.
- RICE, Condolezza, "Promoting the National Interest", *Foreign Affairs*, vol. 79, enero-febrero de 2000.
- STIGLITZ, Joseph, *El malestar de la globalización*, México, Era.
- SUBIRATS, Eduardo, "Las guerras del fin de la historia", *El Mundo*, 5 de abril de 2002.
- WALTZ, Kenneth, "Structural Realism after the Cold War", *International Security*, vol. 25, núm. 1, verano, 2000.